

PANAMERICANISMO Y PANIBERISMO¹

Cerrado el ciclo de las asambleas continentales, inician los Estados Unidos una política panamericana. Reúnen en congresos periódicos a las discordes naciones del Sud.

No buscaron siempre los yanquis la unión política y moral con los pueblos de origen ibérico. Una confederación de las colonias inglesas y españolas fue, en 1809, el ideal de sus políticos. Pensaron en acoger a los diputados americanos en el parlamento, apenas hubieran proclamado las rebeldes colonias su independencia.

Después de aquella amistosa invitación, sólo hallamos reserva e indiferencia. Enemigos de toda alianza, según la tradición washingtoniana, no se apresuraron los norteamericanos en reconocer la independencia de las repúblicas españolas. Siguieron con prudente simpatía la evolución liberal de estos Estados. Sólo en 1822 se dignaron reconocer la autonomía de Colombia, de Chile, del Perú, de las provincias del Plata y de México. Francia contribuía a la independencia norteamericana con legiones afortunadas: ningún auxilio de dinero ni de hombres recibieron de la gran República los «hermanos del Sud».

Discutió aquélla largamente sobre las ventajas posibles que derivarían de su asistencia al congreso de Panamá. Designó representantes que no figuraron en la asamblea. En el gran conflicto entre americanos y españoles, afirmaba el gobierno neosajón su neutralidad. El presidente Monroe había condenado la política reaccionaria de la Santa Alianza; pero tampoco olvidaron sus sucesores el aspecto utilitario de la gran querrela entre la América republicana y la Europa teocrática. Denunciaron los privilegios comerciales que pudieran conceder a las naciones europeas las flamantes repúblicas. «El cambio de un vecindario de colo-

¹ *La creación de un continente*, París, 1913, Lib. I, cap. II. Título original. [THM]

nos insignificantes por naciones soberanas e independientes, ha sido acogido por nosotros por un sentimiento de protección», declaraba ya el imperialismo previsor.

El congreso reunido por Bolívar inquieta a los norteamericanos. Puede ser el germen de una gran federación; y ante esa formidable expectativa, precisan que la asamblea es «puramente diplomática», sin que pueda revestirse de carácter legislativo. «La palabra Congreso —escribía un ministro—, es superfluo observarlo, no debe por ningún motivo ser tomada aquí en el sentido en que se toma respecto a asambleas políticas de índole diferente». Sobre divididas naciones, era más fácil el señorío de un pueblo orgulloso que aspiraba, en el Nuevo Mundo, a la hegemonía.

Después de 1826, fueron invitados los Estados Unidos a los congresos del Sud: se inclinaban las nuevas naciones ante la fuerza de su expansión política y sus altas enseñanzas de progreso democrático. Eran los «amigos sinceros e ilustrados» de que hablaba, a Bolívar, Santander, presidente de Colombia. No dirigían todavía las discusiones en las asambleas, ni imponían su ideal. Los ocupaba el desarrollo de su propia nacionalidad: conquistan el desierto, defienden la libertad contra la esclavitud, dirigen la corriente inmigratoria, fundan industrias y ciudades. Los Estados Unidos no quieren imponer su autoridad a las democracias ibéricas: «No teniendo éstas viejos prejuicios que combatir —decían entonces los norteamericanos—, ni usos establecidos que modificar, ni códigos de guerra y de comercio que rehacer, gozan de una libertad absoluta para consultar la experiencia del mundo entero y adoptar sin parcialidad principios capaces de darles seguridad y felicidad, y de garantizarles la paz».

El primer Congreso panamericano se reunió en Washington, en 1889. Fue la gran obra política de Mr. Blaine, el célebre político de perfil cesáreo y ambición imperial. La guerra del Pacífico había arrebatado provincias al Perú y a Bolivia, y la República sajona quiso, en aquella hora trágica, ofrecer un principio de armonía al continente dividido. Representó esta asamblea, mejor que anteriores congresos, a las tres Américas, de México a Buenos Aires, bajo la dirección moral de la nación protectora. En su discurso, formuló el secretario de Estado Blaine los principios que debían presidir a la unión de las democracias americanas. El idealismo sonoro de otras reuniones adquiere entonces precisión, firmeza y eficacia. Con excepción de Chile, aprueba América las conclusiones del proyecto de Mr. Blaine: todo principio de conquista queda excluido del derecho público americano mientras conserve su fuerza el Tratado general de arbi-

tramento; serán nulas las cesiones de territorio que se hicieren mientras dure ese Tratado; si se efectuaren bajo la amenaza de guerra o como consecuencia de la presión ejercida por la fuerza armada, la nación obligada a tal cesión de territorio tendrá derecho a exigir que se decida, por arbitramento, su validez; carece de eficacia la renuncia a recurrir a ese medio pacífico, hecha en las mismas condiciones de violencia armada.

Sancionaba así el Congreso graves principios de derecho: el arbitramento, la independencia y la integridad nacionales. Al mismo tiempo, el sentido práctico de los hombres del norte impuso la adopción de medidas utilitarias: el canal de Panamá, el ferrocarril panamericano... Desde 1889, eran las compañías de navegación importantes factores en el plan unificador de la política septentrional. Al monroísmo se agregaba, como eficaz corolario, el monroísmo económico. Se creó en Washington un *Bureau* de las repúblicas ibéricas, con la misión de propagar, por todo el continente, el nuevo evangelio del panamericanismo. Ha inquietado a nuestras democracias este órgano administrativo, que parece ser una creación imperialista, una oficina centralizadora, como el Ministerio de las Colonias en la obra de Mr. Chamberlain.

En aquel Congreso de tendencias unitarias definieron su ideal los americanos del Sud. A la fórmula yanqui: «La América para los americanos», opuso el ministro Sáenz Peña, hoy presidente de la democracia argentina, una nueva y más vasta ambición: «La América para la humanidad». Fiel a sus tradiciones, defendía una vez más la Argentina la influencia europea contra los proyectos de federación continental.

Nuevos congresos panamericanos, el de México en 1902, el de Río de Janeiro en 1906, el de Buenos Aires en 1910, no presentan el mismo interés moral de la primera asamblea. Confiesan públicamente su entusiasmo las naciones ibéricas; su espíritu fraternal la república yanqui. Votos platónicos suceden a inútiles promesas. Empero, no avanza la fusión deseada de sajones y latinos. En Buenos Aires denunció un delegado antillano, Américo Lugo, la expansión del Norte. En revistas y diarios, elocuentes pensadores condenaron a esas juntas retóricas que predicaban unión mientras la ambición sajona desmembraba Panamá, agitaba a Nicaragua y amenazaba a México.

Nuevas formas de la política norteamericana exigen minucioso examen. La tradición del Partido Demócrata, que gobierna hoy en la república sajona, puede enervar el fuerte avance imperialista. Mas, en virtud de la solidaridad que une a las generaciones, ni renunciará el flamante régimen al legado colonial del Partido Republicano, ni abandonará sus

privilegios comerciales. Férreos vínculos atan lo presente a lo pasado. Poder engendra deber, según la sutil observación de un moralista, Guyau, y el exceso de la fuerza adquirida impone a los Estados del norte una posición tutelar en el Nuevo Mundo. Son cruzados de la utilidad, misioneros de la cultura.

En la audaz proposición de un senador, Mr. Lodge, se estrecha el histórico sentido del monroísmo. La República del Norte considera agresiva a su soberanía la adquisición de tierras al sud del río Grande por sociedades europeas. Es la extensión de la enmienda Platt al Nuevo Mundo español. En los códigos que respetan el *jus utendi et abutendi* de los romanos, agregarán los legisladores un artículo parental: se prohíbe disponer de la propiedad en favor de sociedades extranjeras. Se limita así un derecho bajo la presión yanqui. Al mismo tiempo, gozan en el canal de Panamá de ventajas comerciales los buques norteamericanos, y ello restringe la libertad comercial de los pueblos del Pacífico. ¿No podrá una futura declaración señalar el monto de los capitales europeos que puedan ingresar a cada república o determinar la importancia numérica de la corriente migratoria? Sucesivamente, se impondrá así a pueblos libres una dura tutela. La presión moral se sustituye por un catecismo imperativo.

Para alejar los recelos que en el Sud amenazado engendra la expansión yanqui, un brillante diplomático colombiano, el señor Pérez Triana, sugiere, en manifiesto a los pueblos de América, la ampliación de la doctrina de Monroe. Le inquieta el imperialismo de las grandes potencias europeas que se dividen Trípoli y Marruecos y fundan colonias en lejanos continentes. Condena la «recrudescencia del instinto predatorio». Agotados los dominios repartibles en Asia y África, avanzarán a América los pueblos colonizadores. ¿Qué los detiene hoy? Aquella histórica doctrina, «don que las nacientes nacionalidades encontraron en la cuna de sus libertades recién conquistadas». Pero los Estados Unidos se han convertido también en potencia imperial. En Cuba, en Nicaragua, en Panamá, en Puerto Rico, han construido dominios sujetos a tutela. A la inquietud sudamericana o al odio tropical, propone el señor Pérez Triana la aceptación del tradicional monroísmo. La potencia sajona y las repúblicas de América, congregadas en asamblea propicia, declararán pomposamente que «la conquista quedará definitivamente proscrita del continente americano».

No atribuyamos a las promesas escritas un sentido trascendental. También ofrecieron los Estados Unidos no inmiscuirse en negocios euro-

peos, desde 1823, y el imponente desarrollo de sus intereses comerciales les obligó, a fines del siglo, a repudiar aquella declaración puritana. Contra las realidades creadas por la fuerza o la formidable expansión de pueblos densos, nada significan los textos precisos de congresos fraternales. Declaran las naciones europeas que mantendrán el statu quo territorial en los Balcanes, y una guerra victoriosa anula hoy estos aventurados propósitos. La neutralidad de Bélgica, que garantiza pactos solemnes, se halla amenazada por el progreso alemán, y la nación protegida funda en legiones aguerridas su futura autonomía. Si se dirigiera a las tierras americanas, el voraz imperialismo europeo hallaría pueblos indomables. La experiencia enseña al Viejo Mundo que ninguna expedición de conquista pudo vencer, en ultramar, la resistencia patriótica: ni ingleses y franceses coaligados derribaron a Rosas, ni la expedición española impuso al Perú y Chile la voluntad metropolitana, y en México el imperio napoleónico se hundió en un crepúsculo de sangre. En África hallan las potencias colonizadoras tribus errantes; en Asia, imperios caducos; en América, encuentran pueblos cristianos que se organizan. Allí la imperiosa acción de la tierra crea un celoso nacionalismo.

Un eminente historiador brasileño, el señor de Oliveira Lima, insinúa una política más útil que el generoso idealismo del señor Pérez Triana. En un gran banquete neoyorquino, consideró la educación como agente de panamericanismo eficaz. «Toda soberanía debe evidentemente ser respetada —dice—, pero es necesario también que ella merezca ese respeto. Las naciones no pueden ocupar el mismo rango si representan unas el más alto grado de civilización, mientras que otras ocupan un lugar más bajo». La cultura nivelará a los pueblos de ultramar; la cultura y la riqueza podrá decirse, como fuerzas solidarias. Se formaría así una confederación ideal en la que ingresarían sucesivamente los pueblos en progreso. Los primeros Estados de esta liga continental, la Argentina y el Brasil, se unirían a la República norteamericana para una alta misión pedagógica: impedirían las guerras aniquiladoras, fecundarían con el oro nacional los vecinos territorios, enviarían maestros a sus escuelas e instructores a sus ejércitos.

Si se limitaran los Estados Unidos a evitar guerras, a transformar el continente con la acción expansiva de sus bancos y la audacia frenética de sus aventureros, sería civilizadora su influencia. Pero ¿cómo exigir de un pueblo dominado por activas plutocracias esa alta función jurídica?²

² En mi libro *Les démocraties latines de l'Amérique* (París, 1912) he estudiado la oposición entre Estados Unidos y la América Latina y el desarrollo del imperialismo norteamericano (p. 275 y ss.).

La ambición conquistadora se sustituye a la fraternal vigilancia, y los congresos de las dos Américas recordarán pronto a esas asambleas sajonas donde las colonias discuten con la metrópoli los grandes intereses del imperio.

En el orden económico, conviene a los iberoamericanos la influencia del Norte. El canal de Panamá que dará a Nueva York y a Nueva Orleans privilegiada situación comercial, acercará meridionales repúblicas sin capital propio a una gran nación plétórica de riqueza. Los norteamericanos han transformado Cuba y Panamá: obras de progreso material, higiene, orden financiero surgen repentinamente en la tierra discordante e insalubre. No les satisface la preponderancia: ambicionan el monopolio, y esa severa dependencia encierra el más grave peligro para las débiles naciones del Sud. La autonomía es un nombre vano, *flatus vocis*, si por convenciones estrechas como un anillo de hierro los productos agrícolas de América van a los Estados Unidos solamente, y de ellos reciben las vastas tierras del sud mercaderías y capitales que hoy les envían sajones, alemanes y franceses.

En el dominio intelectual nunca alcanzaron primacía, entre los hispanoamericanos, las escuelas y los maestros del Norte. Cuando se transforma el régimen de las prisiones en el Perú se piden modelos a los Estados Unidos; cuando Sarmiento quiere multiplicar escuelas contra la barbarie impuesta por Rosas, estudia el desarrollo de la instrucción popular en la democracia sajona. Pero, las grandes corrientes intelectuales llegan a América de España y de Francia, alguna vez de Inglaterra. La inquietud religiosa, el idealismo bostoniano, la formación de admirables universidades: el espectáculo de esa otra América sajona, desdeñosa del violento materialismo y de la inmoral codicia de los hombres prácticos, es ignorado en el Sud latino.

Políticamente, ha sido funesto el ejemplo de los Estados Unidos para estas incipientes democracias. Explicando la grandeza de la república sajona por el carácter de sus instituciones, se apresuraron a imitar su constitución federal, análoga, escribe Tocqueville, «a esas hermosas creaciones de la industria humana, que colman de bienes a sus inventores pero que son estériles en otras manos» (*La démocratie en Amérique*, París, 1835, t. I, p. 259). Atribuyeron a las ideas políticas, a las constituciones, una acción misteriosa, olvidando que existe para el genio de cada raza un sistema adecuado de gobierno; que las formas políticas, las religiones y las lenguas son creaciones del espíritu de los pueblos. Ya en 1823, un diputado de los primeros congresos mexicanos, el padre Mier, se oponía

a semejante imitación del gobierno norteamericano. «El federalismo, decía, es un medio de unir lo que está desunido: en los Estados Unidos toda la historia colonial exigía el pacto federal, aquí (en México) sería desunir lo unido». Bolívar, libertador de América, condenaba este sistema que llamaba *anarquía organizada*.

Al inspirarse en instituciones extranjeras, se cambió radicalmente su espíritu. En Norteamérica, poseen los Estados que constituirán una república privilegios y cartas políticas. Se unen en libre federación, realizan un pacto social. En la América del Sud, las provincias que acaban de conquistar su autonomía no aceptan entre sí lazos políticos, un contrato. Organizan el federalismo dentro de cada Estado; conceden a las provincias de que se componen las repúblicas un congreso, un presidente. Es una federación invertida que multiplica la anarquía por el número de Estados y aniquila el poder central. En los Estados Unidos, síntesis, creación de fuerzas nuevas; en las democracias latinas, división excesiva y despilfarro de fuerzas.

Geográficamente, es el panamericanismo una ficción que da a la vecindad territorial una significación trascendente y desdeña todos los antagonismos de raza y religión, lengua y tradiciones. Si ha sido nefasta la influencia de su sistema político, su acción futura, encerrada dentro de límites precisos, puede transformar al continente meridional. Densos, ricos, poderosos, aspiran a una hegemonía incontrastable. Respetuosos del sentimiento nacional de las repúblicas vecinas, habrían completado la tarea impuesta por el monroísmo: después de defender a inseguras democracias contra la Europa coaligada, las salvarían de las miserias de su pasado y de las angustias de una larga gestación.

La nación sajona pretende ejercer en el mundo una función pacificadora. Extiende más allá del océano el vínculo federal, en que es libre el concurso y plena la autonomía de los pueblos congregados. Tal es su ideal, según lo ha expresado un antiguo embajador, Mr. Hill: la formación de un gran Estado internacional donde ella imponga la «paz americana» por la justicia, como fundaron los romanos otra larga paz por medio de la fuerza. El mismo Roosevelt, profesor de imperialismo, evita una guerra europea en Algeciras y sella el acuerdo de dos naciones enemigas —rusos y japoneses— en Portsmouth.

Dentro del continente, este alto arbitraje se opondría a fraternales conflictos. En el Sud, a donde no llega la ambición territorial de la democracia expansiva, tal ministerio de paz contribuiría al progreso común. Un escritor uruguayo, Luis Alberto de Herrera, aconseja a los orientales

amenazados por el Brasil y la Argentina que pidan a los Estados Unidos mediación aquietadora. Cuando en el Pacífico iba a estallar una guerra entre el Perú y el Ecuador, la intervención de la república maternal evita aquel funesto desgarramiento. Al mantener el statu quo territorial, al afirmar vínculos tradicionales entre pueblos semejantes, al condenar hegemonías peligrosas, merecerá la actitud norteamericana la aprobación de un mundo propenso a la discordia.

Critican, sin embargo, la mediación de los Estados Unidos aquellos pueblos fuertes del continente meridional que sueñan con futuras conquistas. Es conocida la hostilidad chilena contra la nación tutelar. Pero si el monroísmo desconoce posibles invasiones de Europa en el Nuevo Mundo español, ¿por qué había de tolerar la agresiva campaña de las repúblicas poderosas contra las débiles en los mismos territorios que defiende de exóticas codicias?

Cierto es que la nación protectora adquiere colonias, domina en el mar Caribe y practica un rudo imperialismo comercial. Sólo en Panamá se detiene su práctico avance. No puede negarse sin embargo que, al sud del istmo, son desinteresadas sus intervenciones pacificadoras. En vez de estimular divisiones, base de su futura dominación, aconseja o impone la paz. Contribuye de esa manera a la formación de fuertes democracias, de definitiva conciencia nacional. La política maquiavélica dice a los Estados Unidos que han de dividir para reinar: de Panamá al Plata, ellos unen y civilizan.

Si aceptamos la hidalga mediación entre pueblos enemigos, condenamos dentro de ciertos límites la intervención en los negocios internos de las repúblicas revolucionarias. La primera corresponde a generosas tradiciones del derecho internacional; la segunda ataca la inviolable soberanía de los Estados. Tal es la acción de la enmienda Platt en la Constitución cubana. ¿No es contradictoria la independencia obediente a extranjera tutela? Sin ejercer coacción política, pueden los Estados Unidos usar de su autoridad moral en provecho de naciones desconcertadas. Representan la opinión internacional en una de sus más altas manifestaciones, y ante esa oscura presión cedería pronto la anarquía meridional. Se ha dicho que pretenden declarar que no reconocerán gobiernos creados por revoluciones ni aceptarán tiranías. Tan enérgica decisión, de ser sincera, traería para las democracias del Sud orden, cultura y progreso material.

El rebelde individualismo de las repúblicas no acepta semejante función pedagógica. Quiere plena autonomía, aunque de ella se deriven

la disolución y el caos. Pero, robusteciendo la paz, ponen los sajones los definitivos fundamentos de la grandeza sudamericana. Su intervención se efectuaría en nombre del porvenir, y sería desinteresada, armoniosa, educadora. La temerán los caudillos voraces, pero la aclamarán los pueblos laboriosos. Mientras los Estados Unidos se limiten a educar en el Sud, este imperialismo que sirve a la cultura acercará a las democracias americanas en el más bello de los esfuerzos solidarios.

No será peligrosa la influencia neosajona, si el continente español busca afanosamente el equilibrio de todas las influencias civilizadoras. Contra agresiones del Norte, el oro y la gente de Europa; contra el Viejo Mundo agresivo, la intangible doctrina de Monroe. Colonias «sin bandera» que transformen la raza y se opongan al monopolio yanqui; capitanes de industria que traigan de los Estados Unidos el capital fecundante y luchen contra el banquero de Londres y el exportador de Hamburgo. Mientras se empeñan estas útiles batallas podrán las informes democracias unirse, armarse y rechazar el ataque de todos los imperialismos.

El panamericanismo tiene una significación territorial; sirvenle de base la casualidad geográfica y los provechos comerciales. El paniberismo es una tendencia de raza. Restaura antiguos vínculos morales oxidados por el tiempo, congrega a Europa y a las repúblicas de ultramar en una federación ideal.

Tal fusión no pudo realizarse antes de que se olvidaran audaces expediciones de reconquista. Pareja y Mazaredo llevaron en 1866, al Perú y a Chile, el altanero mensaje de la metrópoli, y confirmó entonces su independencia la América como triunfaron dos veces los Estados Unidos de Inglaterra, en 1776 y en 1812. Mientras fueron Cuba y Puerto Rico colonias españolas, la fraternidad ibérica parecía un sarcasmo. Un congreso reunido en Madrid, en 1890, definió, sin embargo, los ideales de esta nueva corriente internacional. Alejada España de América en el orden político, se inicia, en el orden moral, el acercamiento.

Nobles profesores, Leopoldo Alas, Altamira, Unamuno, Posada, contribuyen eficazmente a dicho movimiento. El viaje de Menéndez Pidal a América, en 1905, la odisea de Altamira, de Buenos Aires a México en 1909, la presencia de una Infanta española en las fiestas del centenario argentino, el fervor tribunicio de Blasco Ibáñez —un grupo de maestros, de conquistadores espirituales, que atraviesa el océano en busca de América, perpetuo Dorado de la ambición castellana—, revelan que España renuncia a su aislamiento.

Un largo esfuerzo ha consagrado a la citada tarea fraternal el gran maestro de Oviedo, Rafael Altamira. Noble ejemplar de la raza castellana, apóstol por la fisonomía tolstoyana, el acento y la actitud, expresa en libros y conferencias su tenaz esperanza. Una obra de generosa elocuencia, *España en América*, resume sus trabajos en favor del Nuevo Mundo. Reconoce el profesor asturiano la útil influencia dentro de la península de los españoles que vuelven de América. Son «una fuerza real», llena del «espíritu progresivo que traen de las tierras de América». Demuestra las ventajas de un acercamiento intelectual entre las democracias ibéricas, dice su inquietud ante la creciente influencia norteamericana. Él también ambiciona renovar el espíritu de las universidades peninsulares para que la juventud de América se congregue en los claustros españoles a escuchar lecciones de sabiduría.

Altamira y sus compañeros ambicionan análogo destino para los pueblos de origen español. Todas las tradiciones llevan a España hacia el Nuevo Mundo, donde ha dejado además huellas de su genio en las costumbres, en las ciudades y en las leyes. Han caído las columnas de Hércules y continúa el éxodo de los iberos a ultramar. La afinidad de raza es más fuerte que el océano y la diversidad de régimen político. Nuevas Españas divididas, heroicas, señoriales y quijotescas, perpetúan más allá del océano la altivez española. Hacia ellas van, tenaces emigrantes, los vascos, y fundan colonias prósperas. Diríase que Estaña va a curar su anquilosis en América.

Para las democracias que ella fundó en un vasto continente, volver a España y Portugal es defender la propia tradición y alejar las fronteras del pasado. Privada de esta secular perspectiva, sería mediocre e inexplicable la historia americana. El pasado lleno de riquezas espirituales une a ambos mundos españoles.

Y, sin embargo, el paniberismo no puede ser una fuerza unificadora. Contrasta con el esfuerzo de una minoría intelectual la ignorancia del pueblo español en los asuntos ultramarinos. El indiano es un personaje de zarzuela. En vano vuelven pletóricos de oro los emigrantes: la nación desdeña a aquellas antiguas colonias que oponen su abundancia de advenedizos a la orgullosa pobreza de los hidalgos. El nuevo continente no es todavía popular en la antigua metrópoli: es lejano, es distinto. Sólo cuando millares de españoles enriquecidos pregonen, al volver del Nuevo Mundo, el vigor de las jóvenes democracias, olvidará Sancho el gesto estéril del caballero decadente, y la Península buscará en América su renacimiento.

Contra los laicos predicadores de fraternidad, algunos escritores de Cuba han exagerado el nacionalismo. El señor Fernando Ortiz, catedrático de la Universidad de La Habana, halla en la ambición española un plan de «reconquista de América». El señor Roque Garrigó, diputado cubano, condena la influencia ibérica. Su libro elocuente, *América para los americanos* (Nueva York, 1910), analiza menudamente los diversos aspectos de la decadencia española, el analfabetismo, el estancamiento de las industrias, la inercia moral. Contra la influencia de la antigua metrópoli exalta otra acción moral, el monroísmo. Para defendernos de un peligro utópico propone la amistad de una nación imperialista. Olvida la necesidad de mantener lengua, religión y tradiciones —la riqueza moral de la raza— ante la invasión del exotismo. Depurar nuestra herencia española sin destruirla, contribuir a la transformación peninsular con el esfuerzo de veinte democracias remozadas, tal sería para las antiguas colonias de España el ideal necesario.

Ciertamente, no han de renunciar a otras influencias: a la energía yanqui, al oro inglés, a la tenacidad germana; pero nada sería más estéril que descartar a las naciones creadas por el esfuerzo ibérico. Si no fuera posible la unión con la España de hoy, lo sería con la futura España.

Herederas de las ambiciones de Costa, prepara una generación nuevos destinos para la gran nación fatigada. En el orden político y económico, no puede la antigua metrópoli aspirar a actual preeminencia. Sólo un fuerte renacimiento industrial, como el de Cataluña, será fundamento del *Zollverein* con América. El Nuevo Mundo no hallará capitales en la Península ni productos fabriles que destierren a los de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Francia. Y no pedirá el firme liberalismo de la Argentina, del Uruguay, del Brasil, lecciones políticas a una monarquía conservadora y militar. Subsisten en América los vicios españoles: el caciquismo, el poder de las oligarquías locales, el parasitismo burocrático. La condenación de estas tenaces realidades aleja a los americanos de la influencia peninsular.

En el dominio intelectual, es efectiva la fraternidad fundada en el vehículo supremo de la lengua. Empero, según la expresión de un polígrafo español, el señor Labra, se hallan en pie de igualdad la nación ibérica y las democracias americanas. España es solamente «la hermana mayor». Las antiguas colonias no imitan a la Península como en la época clásica y romántica: van conquistando lentamente su autonomía espiritual. Otras influencias modifican la lengua y el ideal americanos.

No existe hoy una filosofía ni una ciencia social españolas ni una intensa corriente mística; en literatura, algunos nombres solitarios se han impuesto a la atención europea. La Península restaura su vida intelectual, traduce e imita, como nuestras repúblicas. De uno y otro lado del océano, los españoles presentan, ante el movimiento intelectual europeo, una atención estudiosa. De ahí que los estudiantes americanos vengan a las universidades de Francia, de los Estados Unidos o de Alemania y no a los centros pedagógicos de España: buscan, como la juventud peninsular, la «europeización» soñada por Costa, más allá de los Pirineos. Para que el paniberismo sea una enérgica cruzada, es necesario que la cultura española adquiera fuerte originalidad, que a los claustros de sus universidades gloriosas llegue la ávida juventud europea, y que sus maestros enseñen, como en los tiempos de Vives, en Oxford, en Heidelberg o en París.

Reconocen los jóvenes escritores de la península el estancamiento de la cultura. Aspiran dolorosamente a la regeneración de la metrópoli aletargada. «Los españoles de hoy —escribe Juan Guixé— somos pesimistas y creemos, sin vacilaciones, que todo *no está bien*, y que hay que someter a examen severo, a análisis escrupuloso, todos los viejos valores éticos y étnicos de España» (*Problemas de España*, Madrid, 1912, p. 178). Para el joven pensador, «la posición actual» de su patria se define así: «Reposo, silencio, tristeza, defensa». Dice Ramiro de Maeztu: «Nos hemos convencido de que nuestras clases intelectuales no existen, de que son retraídas o inmorales, porque no son intelectuales» (*La revolución y los intelectuales*, Madrid, 1911, p. 38). Y al recordar las magnas enseñanzas de Costa, exclama: «Costa nos plantó Europa delante de los ojos como un ideal por conquistar. Se trata de europeizar a España; esto es, de que siga siendo España, pero además Europa» (*Debemos a Costa*, Zaragoza, 1911, p. 71). Ortega y Gasset, el precoz catedrático de la Universidad de Madrid, lucha también por la cultura, condena la quietud espiritual de la Península.

Creo que uno de los aspectos más interesantes del paniberismo sería la conquista de España por América. Afectuosa cruzada, renovación que trae la prole dispersa al viejo hogar castellano. Mr. Stead ha escrito un libro sobre la americanización del mundo y especialmente de Inglaterra. Los Estados Unidos transforman a la metrópoli orgullosa: influyen en su periodismo, en su aristocracia, en la fe tradicional. La «americanización» de España sería el esfuerzo de las nuevas generaciones. ¡Qué magnífico empeño para los intelectuales de ultramar! Reunidos por una tarea ideal, los pensadores ibéricos contribuirían con su propio resurgimiento espiri-

tual, a la «europeización» de la vieja nación colonizadora. Ya la poesía peninsular ha sido transformada por los americanos: Rubén Darío ha tenido discípulos, y en gran parte invadieron España a través de América las líricas novedades del simbolismo y del decadentismo. La misma prosa lenta, acompasada, sonora, ha sufrido transformaciones a que no es extraña la influencia del Nuevo Mundo. Pierde su académico rigorismo y su pureza —y ésta es la continua acusación de los españoles a los americanos—, pero se convierte en instrumento dócil de modernos pensamientos. Lengua rica en matices y nuevas armonías, ondulante y elegante, que será pronto, merced al esfuerzo ultraoceánico, el español de ambos mundos. Según Ramiro de Maeztu, ha escrito Rubén Darío los mejores versos castellanos y el mejor libro en prosa Rodríguez Larreta: dos americanos (*La revolución y los intelectuales*, p. 19).

El mismo peninsular inactivo, orgulloso, en perpetua *non curanza*, se convierte en enérgico obrero al llegar al Nuevo Mundo. El emigrante español fecunda la tierra que invade. Reconocen las memorias oficiales la excelencia del trabajador ibérico en las rudas tareas del canal de Panamá. En la Argentina y en Cuba, la colonia española conquista las posiciones industriales. En América continúa el intenso movimiento liberal de las Cortes de Cádiz, la obra reformadora de Carlos III. En España, tradiciones y prejuicios, graves fuerzas del pasado, luchan contra el impulso renovador.

El paniberismo significa, para los americanos, tradición, y para los españoles, progreso. Limitado a las relaciones morales, corrige el espíritu revolucionario de ultramar e impide la lenta petrificación de la Península.

No ha de olvidarse, en este fraternal acercamiento, la influencia portuguesa. El Brasil ha adquirido un sentido más firme de la independencia que otras democracias americanas: el panlusitanismo no es de Pernambuco a San Pablo, ideal de un pueblo ambicioso de imperiales destinos. Pero, en el orden de las ideas, la obra de Portugal es tan notable como la de España: Eça de Queiroz y Pérez Galdós son los más grandes novelistas ibéricos; Oliveira Martins, el primero de sus historiadores; y Teófilo Braga disputa a Menéndez Pelayo el cetro de la crítica peninsular.

Unidos el Brasil y las repúblicas españolas a las dos naciones conquistadoras, influirán en los destinos de la Europa latina. El Nuevo Mundo devolverá su equilibrio al Antiguo, según el voto de Canning, y la preeminencia germana cederá pronto ante la imponente congregación de todas las fuerzas ibéricas. España abandona ya su melancólico aislamiento, colabora con Francia en Marruecos: su política tradicional la

lleva a ingresar en la triple *entente*, a formar con Inglaterra y la democracia francesa un bloque occidental. En América se realiza ya esta fusión eficaz: el oro sajón, las ideas de Francia, la lengua, las tradiciones españolas transforman el Nuevo Mundo. De ultramar llegan a la metrópoli las sugerencias necesarias. Y cuando una definida cooperación acerque a estas fuerzas semejantes, y una España liberal y una Francia democrática e Inglaterra, que fundó la autonomía americana por obra de sus bancos expansivos, y una inmensa América millonaria de riquezas y de hombres, avancen a la defensa de sus intereses vitales, ninguna cruzada podrá vencer a estas naciones reunidas. España salvó la civilización cristiana en Lepanto; y quizá es su destino contribuir a la perpetuidad de la cultura latina, en las luchas futuras. El paniberismo adquiere así un admirable sentido humano.